

Éric Fottorino (comp.)

Edgar Morin, Tahar Ben Jelloun, Olivier Roy, Régis Debray, Hélène Thiollet, Michel Foucher, Hosham Dawod, Michel Onfray, Dounia Bouzar, Laurent Greilsame, Raphael Liogier, Dominique Schnapper, Henry Laurens, Jean-Christophe Rufin, Gilles Kepel, Leila Slimani, Gérard Chaliand, Olivier Weber, Jean-Pierre Filiu y Robert Solé.

¿Quién es Dáesh?

Claves para comprender
el nuevo terrorismo



¿Quién es Dáesh?
Éric Fottorino

Título original: *Qui est DAECH? Comprendre le nouveau terrorisme* Publicado originalmente en francés por Éditions Phillippe Rey

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Ed Carosia

© Le 1, 2015

© Ediciones Culturales Paidós, S. A. de C. V., 2016

© de la traducción, María Valeria Di Battista, 2016

© de todas las ediciones en castellano en España,
Espasa Libros, S. L. U., 2017
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-493-3311-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

Introducción

ÉRIC FOTTORINO

Al terminar como comenzó, en un baño de sangre y terror, 2015 quedará marcado por la irrupción en Francia de una guerra que creíamos lejana. Una guerra declarada por un nebuloso combatiente autoproclamado Estado Islámico, conocido por el nombre de Dáesh.* Una guerra sin rostro, excepto en París antes de sucumbir a su vez en nombre de Alá. Los títulos de nuestro semanario *Le 1* en ese período traducen la estupefacción, la gravedad, las ganas de vivir a pesar de todo lo que nos marcaron a cada uno de nosotros. Desde el «No mataron a *Charlie*» de enero hasta el «Resistir al terror» de noviembre, nunca hemos dejado de cuestionar esta realidad dolorosa y compleja del terrorismo yihadista de los terroristas, que pretende valerse del islam para justificar los crímenes más cobardes, los más atroces. Esta obra es el reflejo fiel de nuestro enfoque pluridisciplinario: abrir nuestro espíritu cruzando las perspectivas de escritores y de expertos en el tema, historiadores, filósofos, especialistas en geopolítica, en el islam y en el Oriente Medio.

Los textos escogidos no aparecen en orden cronológico, sino siguiendo una alternancia de contenidos que van desde el análisis hasta el reportaje, pasando por la crónica y la entrevista. Leer estos aportes es identificar lo más claramente posible el fenómeno Dáesh. Dos movimientos se cruzan y chocan entre sí. Uno, disidente de Al-Qaeda, nació en el caldo de cultivo de las guerras de Estados Unidos en Irak y del sentimiento de abandono de la población suní. Muestra a hombres decididos detrás de su líder, Abu Bakr al-Baghdadi. Su sueño: hacer que renazca a cualquier pre-

cio el antiguo califato del siglo VIII. El otro movimiento surge de la atracción que ejerce Dáesh en jóvenes del mundo entero (y en particular de Europa), que han pasado o no por la cárcel, a menudo neoconvertidos a lo que creen que es el islam. Estos encuentran en la causa del supuesto califa una razón para vivir, que es sobre todo una razón para morir.

Este retrato a varias voces de Dáesh muestra cómo el «terrorismo 3G» o «de tercera generación», según la fórmula de Gilles Kepel, es una mezcla de creencias arcaicas que se remontan a la leyenda del Profeta y de tecnologías —las redes sociales— utilizadas como soporte de propaganda y de alienación. «Estado» sin fronteras, Dáesh no se fija límites. A través de todos estos textos y de un anexo esencial y pedagógico, compuesto de mapas, cronología, cifras claves y léxico, depositamos nuestra confianza en la inteligencia colectiva para combatir la ansiedad que acompaña a lo desconocido. Sobre todo, si lo desconocido no tiene otro horizonte que la negación de lo humano.

París, 22 de noviembre de 2015

TRATEMOS DE COMPRENDER

EDGAR MORIN,
filósofo y sociólogo

Antes que nada, debemos comprender las condiciones propiamente francesas que han llevado a los jóvenes franceses al fanatismo de la yihad.

Hay condiciones de vida en los suburbios donde están concentrados los grupos poblacionales de origen arabomusulmán. Estas condiciones son las de una guetización creciente.

Allí se forman bandas de adolescentes que, como a todos los adolescentes, les gusta transgredir. Las bandas se convierten en pandillas cuando las familias se quiebran y el desempleo cunde. Para parte de los adolescentes, las pandillas viven de la economía del robo y de la droga y caen en la delincuencia. Algo que también existe en las favelas brasileñas o en las villas miseria colombianas.

Pero hay una diferencia entre Francia y esos países donde los delincuentes son de origen local. En Francia, los delincuentes con frecuencia son descendientes de inmigrantes.

Los controles policiales guiados por la apariencia facial son brutales. Los atropellos recurrentes llevan a los jóvenes a combatir a la policía a pedradas y a incendiar coches.

Un círculo vicioso alimenta el rechazo y la agresividad contra esos jóvenes, lo cual favorece el repliegue en el gueto, el encerrarse en las solidaridades de origen. Todo esto fortalece el círculo causal donde las hostilidades se retroalimentan unas a otras, alzando toda clase de barreras para la integración.

Una pequeña proporción de los adolescentes se hunde en la delincuencia; otros encuentran trabajo, protección, amistad y amor salvadores. Pero todos sufren y sienten el rechazo.

Los rechazados rechazan a quienes los rechazan. Una parte de estos jóvenes no se siente francesa sino apátrida. Algunos de ellos, ya delincuentes, conocen en la cárcel a mentores que les inculcan una versión fanática del islam. La prisión, escuela del crimen para unos, se convierte en escuela de salvación para otros. Para ellos, es el camino de la redención y de la verdad. No se puede ser un verdadero francés; pero sí es posible convertirse en un verdadero musulmán. Han hallado el camino del bien y de la verdad. Al mismo tiempo, el camino de la lucha por el bien puede llegar hasta el martirio, que es en sí mismo el camino del paraíso.

Para los jóvenes de ascendencia magrebí, el peso de la colonización que han padecido sus ascendientes no ha desaparecido. Lograr la independencia fue esencial para elevar a los colonizados al nivel de sus colonizadores. Pero eso es válido en el Magreb, y no en Francia, donde el inmigrante y sus descendientes no son de entrada argelinos, marroquíes o tunecinos, sino árabes o musulmanes. Por otra parte, todos los arabomusulmanes viven en carne propia el doble rasero que no solo padecen los individuos en Francia para encontrar un trabajo o una vivienda, sino también las naciones arabomusulmanas en el mundo. La tragedia palestino-israelí les demuestra que el mundo occidental da prioridad al Israel colonizador en detrimento de la Palestina colonizada. Por lo demás, esta tragedia ha penetrado en Francia con los atentados contra las sinagogas, las profanaciones de mezquitas, las profanaciones de tumbas judías y musulmanas, los insultos antijudíos y antiárabes. Pero Israel es alabado por su democracia y jamás resulta culpado por su colonialismo.

La mayoría de los arabomusulmanes sufre todas las humillaciones padecidas por el mundo árabe. Ven en las guerras de Estados Unidos en Afganistán y en Irak intervenciones imperialistas contra naciones árabes. Por su parte, los fanatizados rumian el odio hacia los occidentales, los cristianos, los judíos.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 muestran a los fanáticos que es posible luchar contra «el Gran Satán», el que mueve a los eternos cruzados, mientras que por su lado Estados Unidos y Occidente se autoproclaman el eje del bien y declaran la guerra al eje del mal. Occidente denuncia con horror el terrorismo ciego que mata a civiles, mujeres y niños, sin preocuparse de que en el mundo arabomusulmán se denuncien con horror los bombardeos ciegos que matan a civiles, mujeres y niños, los asesinatos selectivos mediante drones u otros medios.

La idea de la yihad, del martirio, se apodera de las mentes juveniles tras muchos vagabundeos y fracasos. Khaled Kelkal* (1995) y Mohamed Merah (2012), como muchos jóvenes *beurs*** nacidos en Francia, oscilaron entre la integración, la delincuencia y el yihadismo. Después de las guerras civiles que siguieron a la Primavera Árabe en Irak, Siria, Yemen, pacífica en su origen, se despliegan en esos países muchos yihadistas que, en Siria y en Irak, pelean para instituir un califato regido por la *sharía* más rígida.

Así como la Guerra Civil española atrajo a revolucionarios y a demócratas de múltiples países para luchar junto a los republicanos, Al-Qaeda y Dáesh en el Oriente Medio atraen a jóvenes fanatizados de los propios países occidentales, entre los que se encuentra Francia. La intervención militar francesa lleva a Dáesh y a Al-Qaeda a trasplantar su guerra a Francia, y los jóvenes franceses musulmanes aguerridos en ella regresan a Francia para llevar adelante la yihad y cumplir el martirio.

Así, la guerra del Oriente Medio entró en Francia el 7 de enero de 2015.

Ahora bien: la intervención de Estados Unidos y de sus seguidores, entre ellos Francia, es tan impotente, ciega e ilusoria como lo fueron todas las intervenciones estadounidenses anteriores.

Impotencia. Los cabecillas de la coalición anti-Dáesh declararon previamente que no intervendrían enviando tropas de tierra, sino solo mediante ataques aéreos. Las tropas de los países árabes anti-Dáesh son débiles y están divididas. La coalición incluye a Arabia Saudí, cuyo régimen se asemeja al que Dáesh sueña con instaurar. Esta guerra incluye aspectos que parecerían grotescos si no fueran trágicos: Occidente combate el régimen de Bashar al-Asad, pero es su aliado contra Dáesh y cuenta con sus servicios de inteligencia. Occidente es hostil a Irán, pero es su aliado objetivo, puesto que Irán apoya militarmente al poder chií e iraquí. Turquía es más hostil a los kurdos de Siria, hermanos de los kurdos de Turquía, que a Dáesh.

Ceguera. El intervencionismo occidental acentúa la descomposición de las naciones de Oriente Medio, que en gran parte ha provocado. La segunda guerra de Irak generó una desintegración irremediable de esta nación. La guerra a la vez civil e internacional en Siria provoca la descomposición de este país de manera no menos irreversible. Libia se halla en un estado caótico como consecuencia de la intervención francesa. La frágil unidad de estas naciones multiculturales y multirreligiosas recientes, creadas de manera artificial por Occidente sobre las ruinas del Imperio otomano, se encuentra destruida. Varios dictadores inmundos han sido liquidados, pero habrían muerto tarde o temprano, mientras que naciones enteras están siendo golpeadas mortalmente. Los horrores de las guerras civiles mantenidas internacionalmente suceden al horror de las dictaduras despiadadas.

Ilusión. El objetivo de los occidentales en Oriente Medio es la restauración de los Estados-nación ya disgregados. Mientras existe un único y verdadero objetivo de gue-

rra que se debe oponer al califato de Dáesh, es la confederación de Oriente Medio, con la imagen amplificada del Líbano, la que respetaría la autonomía y la libertad de las etnias y de las religiones que se han implantado en él, entre ellas, el cristianismo.

Llega el momento en que un conflicto se pudre. El conflicto en Oriente Medio se pudre en su mezcla de guerras civiles, de guerras de religión y de guerra internacionalizada por la intervención de múltiples potencias.

Si no hay recuperación y cambio de trayectoria, todo se agravará, incluso en Francia.

La respuesta no está en las polémicas lapidarias. Está en la introducción en el núcleo de la cultura francesa, y antes que nada en la escuela, de una cultura histórica. No basta con recordar la tolerancia religiosa habida con los cristianos y los judíos en los antiguos califatos y en el Imperio otomano. No basta con señalar el papel fecundo de la cultura árabe dentro de la cultura europea. Hay que recordar lo que fue el catolicismo durante siglos. Hay que mostrar que Francia se formó históricamente como nación multicultural integrando y *provincializando* a pueblos muy diferentes entre sí (alsacianos, bretones, vascos...). Hay que recordar también que el terrorismo no es un invento islámico en Europa. Las Brigadas Rojas y las Brigadas Negras en Italia, así como la Baader-Meinhof en Alemania, cometieron atentados delirantes y monstruosos. Por más distintos e incluso enemigos que sean unos de otros, los terroristas son semejantes por el mundo cerrado, demente, alucinado, en el que viven, mundo del cual también pueden salir, como lo hicieron algunos exmiembros de las Brigadas Rojas, que redescubrieron el mundo exterior al cual se habían cerrado.

Se nos impone una gran, pesada, pero necesaria tarea de regeneración del pensamiento, que inevitablemente incluye una regeneración del pensamiento político. Incluso

sin esperanza, es vital emprenderla, y emprenderla haría nacer la esperanza; una esperanza frágil, por cierto, pero una esperanza al fin.

21 de enero de 2015

EL CALIFATO SALVAJE

TAHAR BEN JELLOUN,
novelista, poeta y ensayista

El Estado Islámico yihadista del siniestro autoproclamado califa Abu Bakr al-Baghdadi tiene su historia. Para simplificar, fijemos su origen el 29 de agosto de 1966, día en que el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser hizo colgar a Sayyid Qutb, líder del movimiento de los Hermanos Musulmanes. Un mártir. En ese entonces, el islam aún no era utilizado como arma de guerra. Sus valores se contraponían con los del progresismo marxiano y sobre todo totalitario. Siria e Irak seguían la ideología baazista, que era vagamente socialista y totalmente laica. Pero ningún Estado árabe era democrático. El poder se heredaba de padre a hijo, o bien alguien se apoderaba de él usando la violencia de los golpes de Estado.

La segunda fecha importante es el nacimiento de la República Islámica de Irán con la llegada del ayatolá Jomeini, quien proclamó en 1978 que «el islam es político o no es». Al mismo tiempo, muchos afganos expulsaban a los ocupantes soviéticos en nombre del islam. Conocemos el final del cuento. Intervención de Estados Unidos y surgimiento de los talibanes, precursores de la barbarie. El *summum* fue la destrucción del arte grecobudista en 1998 y, luego, la voladura de la estatua del Gran Buda en el valle de Bamiyán en marzo de 2001.

Desde finales de los años setenta, las nociones de *yihad* y de *república islámica* se imponen en las luchas y avanzan hasta contaminar la revolución palestina, que no usaba la religión (y mucho menos el islam) como ideología de com-

bate. Para aislar a Yasir Arafat, Ariel Sharon alienta discretamente la creación de Hamás. Chiíes y suníes se enfrentan en el Líbano, donde Hezbolá, que es muy activo, está armado y financiado por Irán a través de su aliado sirio presente en suelo libanés. Hoy, ese movimiento colabora con Bashar al-Asad contra los rebeldes laicos y demócratas. Al mismo tiempo, se habría gestado un acuerdo entre Al-Asad y los líderes de los yihadistas, a quienes perdona la vida en sus bombardeos.

Así, es la ausencia de una verdadera democracia en el mundo árabe y musulmán, es el autoritarismo practicado por jefes ilegítimos, es la acumulación de injusticias sociales doblemente corruptas y arbitrarias lo que va a conjugarse para dar origen a aberraciones como el «Estado» Islámico. Pero sin la invasión de Irak por el ejército estadounidense en marzo de 2003, este país no se habría convertido en este campo de ruinas, plataforma del terrorismo internacional.

¿Está la violencia de Al-Baghdadi y sus secuaces contenida en el islam? Si bien predica la paz y la tolerancia, y cultiva valores humanistas, el islam también habla de yihad, de lucha contra los infieles, de apostasía. Pero el islam nunca predicó el suicidio con miras a provocar masacres; el islam nunca dijo que había que tomar rehenes y decapitarlos. Tampoco promovió nunca la ignorancia con el fin de extraviar las mentes débiles o malévolas. ¡Cuántos crímenes cometidos en nombre del islam!

En la cabeza de Al-Baghdadi y de sus semejantes, la lucha contra Occidente es inevitable. Queda por saber quién financia, quién arma a este Estado sanguinario. No olvidemos que ciertos Estados del Golfo brindaron su ayuda de manera oficiosa a ciertos movimientos. Solo tardíamente Arabia Saudí condenó de manera oficial este «califato» salvaje.

24 de septiembre de 2014

UN ISLAM SIN RAÍCES NI CULTURA

OLIVIER ROY,
político

Se trata ante todo de una deriva. Deriva de jóvenes provenientes a menudo, pero no siempre, de las zonas grises y frágiles de la sociedad: segunda generación de inmigrantes, en precariedad social, con carencias, que han probado la delincuencia menor. Pero la deriva puede ser más personal, más psicológica, y estar menos ligada al medio social, como vemos en los convertidos (que representan 22 % de los jóvenes franceses que se unen a la yihad en Siria). No es una parte de la población francesa musulmana la que se vuelca hacia la yihad y el terrorismo; es un conjunto de individuos, de solitarios, que se resocializan en el marco de una pequeña banda o de un pequeño grupo, al que consideran como la vanguardia de una comunidad musulmana, la cual no tiene para ellos ninguna realidad social concreta, sino que depende del imaginario: ninguno se había insertado en una sociedad de masas, ya sea religiosa, política o asociativa. Eran correctos, pero invisibles: «No lo conozco; solo nos decíamos *buenos días*» es siempre el *leitmotiv* de los vecinos, sorprendidos y horrorizados. Hablan de todo un poco, confusos: de Afganistán, de Irak, de Chechenia, de los musulmanes masacrados en el mundo, pero ninguno menciona el racismo, la exclusión social o el desempleo, y citan a Palestina solo para llevar la contraria. En suma: hay que desconfiar de una explicación popular, «de izquierdas», según la cual la exclusión social y el conflicto entre Israel y Palestina radicalizan a los jóvenes.

Terroristas o yihadistas, todos se construyen un estatus de guerreros vengadores del Profeta, de la *umma*,* de la mujer musulmana; montan una puesta en escena de sí mismos (vídeos, cámaras GoPro); no preparan ni su fuga ni un futuro mejor, y mueren en directo, en los títulos principales de los noticiarios, en un breve espasmo de omnipotencia. Sus nombres están en boca de todos, héroes o bárbaros; no les importa: el efecto de terror y de fama se ha logrado. En este sentido, son el producto perfecto de una cultura nihilista e individualista de la violencia que encontramos en otros sectores de la juventud (en los jóvenes que atacan su propia escuela: el síndrome de Columbine).

Existen muchos rebeldes en busca de una causa, pero la causa que pueden elegir, evidentemente, no es neutra. Un crimen en nombre del islam tiene un impacto diferente al del ametrallamiento en una escuela cometido por un alumno, o al de una sesión de tortura ordenada por un pequeño traficante de drogas.

Mohamed Merah, los hermanos Kouachi o el «yihadista normando», Maxime Hauchard, se radicalizaron siguiendo una referencia religiosa: la del islam. Esta radicalización es la que se designa con el término *comunitarización*. Se llega a la comunitarización en una deriva colectiva y ya no individual, una deriva que en el fondo sería el caldo de cultivo que llevaría a «eso». En suma: una parte de la población musulmana se replegaría en una identidad cultural y religiosa que, a partir de entonces, se convertiría en la quinta columna de una civilización musulmana en crisis.

El «retorno de lo religioso» quebraría así el consenso nacional sobre los valores de la República. La respuesta espontánea de la opinión pública y el discurso explícito de los dirigentes políticos consistieron en poner de relieve un consenso nacional (tolerancia, laicidad, ciudadanía) cuya manifestación el 11 de enero fue una notable «puesta en escena» espontánea y popular.

Podríamos preguntarnos acerca de este consenso nacional, del cual excluimos al Frente Nacional.* También podríamos preguntarnos si, a su vez, la laicidad no está fabricando algo sagrado que eludiría la libertad de expresión.

Pero volvamos al «retorno de lo religioso» y al comunitarismo. Todo nos muestra que este *religioso* no es un producto importado de una cultura extranjera, sino reconstruido a partir de una *desculturalización* profunda de las nuevas generaciones. El salafismo, en su expresión más pura, rechaza todas las culturas, empezando por la musulmana y su propia historia. Arabia Saudí acaba de destruir todo lo que queda de los sitios históricos y arqueológicos de La Meca para construir centros comerciales «a la estadounidense», dedicados al consumismo contemporáneo. Hoy, La Meca es Las Vegas más la *sharía*.

Desculturalización y ausencia de transmisión llevan a que toda una generación construya un islam que queda reducido a normas explícitas (la *sharía*) y a eslóganes desconectados de todo contexto social (la *yihad*); la comunidad no tiene ninguna base sociológica real (instituciones representativas, redes escolares o asociativas): es la puesta en escena de sí misma y, en este sentido, entra en la sociedad del espectáculo. El fanatismo es la religión que no tiene — no aún o ya no— cultura. Históricamente, tanto el islam como el cristianismo se han *enculturado*; hoy, religión y cultura se separan.

La cuestión no es, entonces, reformar el islam, sino *culturizarlo*, insertándolo en la sociedad francesa. Al poner en primer plano una concepción de la laicidad que excluye lo religioso del espacio público, se está contribuyendo a fanatizar lo religioso.

21 de enero de 2015